

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

El Otro invisibilizado, despersonalizado y desocializado a partir de categorías adjetivadas. Un análisis en la “frontera bonaerense”.

Cutrera, María Laura y Néspolo, María Eugenia.

Cita:

Cutrera, María Laura y Néspolo, María Eugenia (2009). *El Otro invisibilizado, despersonalizado y desocializado a partir de categorías adjetivadas. Un análisis en la “frontera bonaerense”*. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.

Dirección estable: <https://www.academica.org/000-008/306>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.academica.org>.

El *Otro* invisibilizado, despersonalizado y desocializado a partir de categorías adjetivadas. Un análisis en la “frontera bonaerense”

Nespolo, Eugenia (UNLu- UBA-GEIPP)

Cutrera, María Laura (UdeSA-Inst Ravignani-CONICET)

I. A modo de Introducción

En las últimas décadas, muchos investigadores han considerado a las sociedades indígenas de la región pampeano-patagónica y a los contactos que tuvieron con la población hispano-criolla, como legítimo objeto de estudio¹. Para denominar a los grupos aborígenes que se vincularon pacíficamente con sus vecinos blancos, la historiografía empleó dos categorías relacionales opuestas, que reproducen las voces aparecidas en la documentación, y que no siempre se ocupó de precisar conceptualmente. Se trata de los términos “indio amigo” e “indio enemigo o bárbaro”. Dichas nomenclaturas permitieron, de alguna manera, diferenciar y dar cuenta de actitudes y conductas distintas de las poblaciones nativas. Sin embargo, las definiciones y acepciones empleadas suelen resultar muy generales, e insuficientes para explicar los acuerdos y negociaciones entre las partes y las características e implicancias de los lazos trazados a partir del encuentro.

Quizás por eso, hubo quienes prefirieron profundizar la exploración o el estudio de esos términos, procurando poner en dimensión la clase de relación que se estableció entre “indios” y “cristianos”. Fue así que sugirieron diferenciar al “indio amigo” del “indio aliado” y a éstos, de aquellos a los que genéricamente se siguió llamando “enemigos, infieles, hostiles”². Se cuidó, no obstante, de quitar a estas denominaciones las connotaciones eurocéntricas o etnocéntricas que podían contener en sí mismas, y que remitían al indio como “bárbaro y salvaje que tanto daña y

¹ Utilizamos la expresión “hispano-criollo” así escrita, para señalar en conjunto a la población hispanocriolla del Buenos Aires colonial y remitir, con la segunda parte de la frase, a la sociedad criolla de la primera mitad del siglo XIX. Cuando ésta aparezca corrida –sin guión– estaremos remitiendo únicamente a la primera de las acepciones indicadas.

² Los investigadores suelen aceptar generalmente que “algunas tribus, captadas por el gobierno, habían trasladado sus tolderías hacia el interior del territorio blanco donde eran obsequiadas con ganado para su alimentación; a estas tribus las hemos denominado amigas. Otros grupos indígenas que permanecían en las pampas, mantenían relaciones amistosas con el gobierno siendo obsequiadas en los fuertes de frontera cuando se acercaban a comerciar o a presentar informes; son los grupos que llamamos aliados”. Véase Silvia Ratto, “Indios amigos e indios aliados. Orígenes del Negocio Pacífico en la provincia de Buenos Aires (1829-1832)” en *Cuadernos del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, No. 5, 1994, pág. 24; “Estado, vecinos e indígenas en la conformación del espacio fronterizo. Buenos Aires, 1810-1852”, Tesis Doctoral presentada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Diciembre de 2003, pág. 108; y “Una experiencia fronteriza exitosa: el Negocio Pacífico de Indios en la Provincia de Buenos Aires (1829-1852), en *Revista de Indias*, 2003, vol. LXIII, núm. 227, pp. 191-222.

atrás a los españoles”³. En ese orden, el adjetivo “enemigo” ha sido empleado para diferenciar algún cacique o parcialidad que hubiera atacado a una población “blanca”, o se enfrentara con ella.

Este trabajo es el resultado conjunto de dos investigaciones paralelas y distintas, una centrada en el siglo XVIII y otra en los años del rosismo, en las que actores, espacios, prácticas, lógicas y palabras, encuentran similitudes. En el amplio abanico de vínculos establecidos con las autoridades y la sociedad de Buenos Aires, a ambas se nos presentan grupos nativos que reciben recompensas y/o regalos, protección, ayuda militar, información, y permisos de ocupación –o establecimiento– en una zona en disputa o con territorialidad reconocida por alguna o las partes. ¿Cómo llamarlos y por qué? ¿Es conveniente reflexionar en torno al significado de las voces epocales?

En el contexto historiográfico planteado, nos propusimos emprender una búsqueda conjunta de respuestas a interrogantes compartidos, que momentáneamente no pretende llegar a conclusiones categóricas, sino iniciar un análisis que permita un diálogo de disenso constructivo. Y aceptando como punto de partida que la construcción de categorías sociales es, ante todo, un devenir dialéctico en el que “imposiciones, condicionamientos, resistencias y acomodamientos forman parte del mismo proceso histórico”, nos preguntamos qué razones pudieron conducir a algunos grupos indígenas a reconocerse como amigos de viejos enemigos –y viceversa– en el lenguaje coloquial⁴. ¿Cuáles fueron las implicancias prácticas de esta opción para ambas partes? ¿Es posible establecer y definir una categoría relacional o, al menos, comenzar a historizarla? Porque, como señala Walter Delrío, palabras como éstas se cargan de sentido en función de la especificidad de los contextos⁵.

La primera pesquisa a iniciar está impulsada por la última pregunta y sobre ella giraremos aquí. Sostendremos, como punto de partida, que los grupos indígenas que se vincularon con el hispano-criollo durante los siglos XVIII y XIX no pueden ser analizados como sujetos captados por la sociedad virreinal, y bonaerense luego. Hubo una elección motivada por la opción del “mal menor” a la hora de avenirse a un acuerdo con el otro. Nos preocupa examinar las

³ La cita es de Juan Agustín (Hijo) García, *La Ciudad Indiana*, Editores, Ángel Estrada y Cía, Buenos Aires, tercera edición, 1900. Esta forma de pensar a las sociedades indígenas se repitió en trabajos posteriores como los artículos publicados en la compilación que dirigió Ricardo Levene, *Historia de la Nación Argentina*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1956, particularmente el de Roberto Marfani: “Frontera con los indios en el sud y fundación de pueblos”, en el cuarto volumen. También Actas publicadas de los varios Congresos de Historia de los Pueblos de la Provincia de Buenos Aires. Y un trabajo clásico para el tema de Juan Carlos Walter: *La conquista del desierto*, Buenos Aires, Eudeba, [1970] 1973.

⁴ La cita es de Walter Delrío, “Indios amigos, salvajes o argentinos. Procesos de construcción de categorías sociales en la incorporación de los pueblos originarios al Estado-Nación (1870-1885)”, en Lidia R. Nacuzzi (comp.): *Funcionarios, diplomáticos, guerreros. Miradas hacia el otro en las fronteras de pampa y patagonia (siglos XVIII y XIX)*. Buenos Aires, Publicaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, 2002, pág. 204.

⁵ Idem.

estrategias políticas que pusieron en juego las parcialidades aborígenes que eligieron no enfrentarse con el cristiano, tomando dos momentos relacionales: mediados del siglo XVIII y la coyuntura producida en la provincia de Buenos Aires en torno al levantamiento de los Libres del Sud en 1839. Creemos que por este camino podemos acercarnos al objetivo aquí planteado, y precisar elementos que contribuyan a redefinir una categoría vincular a menudo más compleja de lo que se ha supuesto.

Pero antes de seguir, permítasenos recordar que en los documentos la voz “indio amigo” es utilizada para señalar que tal o cual grupo indígena no se “enfrenta” ni “enfrentará” en un futuro muy cercano a los hispano-criollos. Invitamos a una lectura no anacrónica de las fuentes, repensando aquello que los actores podían entender por tal a partir de los indicios que dejaron. Intentamos plantear una interpretación tan posible como alternativa. ¿Qué ocurre, entretanto, si vamos a la historiografía en busca de una definición?

II. ¿El otro invisibilizado, despersonalizado y desocializado? Sobre la polisemia de los términos

Cuando el historiador acude a los trabajos existentes en busca de alguna precisión conceptual para la expresión “indio amigo”, puede encontrarse con cualquiera de las dos acepciones más utilizadas para ello. La primera y más extendida tiene su centro en la “amistad” que parece signar el vínculo entre “aborígenes” y “blancos”, y conduce inmediatamente a la idea de “captación” de los primeros por los segundos. Por otra parte, una definición ensayada para los años de gobierno de Juan Manuel de Rosas hace hincapié en tres cuestiones: su residencia dentro del territorio que la provincia de Buenos Aires reconoce como propio –han sido “incorporados”, “instalados”, “asentados allí”-, cumplen con una serie de obligaciones –en su mayoría militares y laborales-, y tienen un lugar especial en la sociedad provincial –aludiendo, con eso, al “claro vínculo personal que se estableció entre éstos y el gobernador”⁶. Veamos qué inconvenientes puede presentar cada una de estas dos formas de pensar la categoría, con algún grado de detalle.

Si priorizamos como factor de definición la “amistad” y eso nos remite rápidamente al mayor o menor nivel de captación de los indígenas por parte del gobierno –incluyendo o no, su instalación dentro del territorio bonaerense-, el trato establecido con las autoridades porteñas parece reducirse a una cuestión de grado. En efecto, la preocupación del investigador se volcaría a dilucidar si los grupos aborígenes en cuestión son más o menos amigos. ¿Qué sucede con la otra parte del acuerdo? ¿Acaso los representantes de Buenos Aires han sido siempre inquebrantables en el cumplimiento de su palabra? Por otra parte, si notamos que “amigo” es un

⁶ Silvia Ratto, “Indios amigos e indios aliados...”, pág. 24; “El Negocio Pacífico de Indios...”, pág. 203 y sgtes.

sujeto que “tiene amistad con alguien”, y que amistad es una relación afectiva y desinteresada entre dos o más personas, no podemos más que preguntarnos acerca de la validez de esa categoría para definir a sujetos que no establecen entre sí ese lazo. Y es que, en efecto, a los “indios amigos” se les hacen concesiones para preservarlos en esa condición: se les da ganado o bienes –para que en pos de su sustento no roben haciendas o pertenencias en la frontera-, se les permite el comercio con los pobladores de la zona, y se les brinda protección militar –procurando evitar los ataques a Buenos Aires en un contexto de gran conflictividad interétnica. De manera que entendemos que la clasificación “indio amigo” así pensada, no permite dar cuenta de un sujeto histórico que se encuentra defendiendo su autonomía política o sus medios de subsistencia en un contexto impregnado de agresiva competencia por el espacio y los recursos, y que tratará de romper ese lazo cada vez que pueda hacerlo. Poner sobre el tapete de análisis la visibilidad de una persona que forma parte de una formación social distinta a la hispano-criolla implica, entonces, repensar bajo que parámetros le asignamos una adjetivación o categoría relacional.

En este orden, podríamos asumir que el aborígen es un sujeto pasible de ser atraído, fascinado, seducido, absorbido –o el sinónimo que se prefiera de “captado- por la cultura occidental. Pero entendemos que situarnos en esta perspectiva, pone al investigador en riesgo de asumir una visión eurocéntrica o etnocéntrica, que instala en un rango de superioridad cultural a los hispano-criollos – con la capacidad de “captar” al indígena-, colocando a la otra parte en una actitud pasiva frente al encuentro. Por el contrario, las relaciones producidas en el “Nuevo Mundo”, generaron distintas y recíprocas formas -al tiempo que múltiples niveles- de intervención sobre el otro⁷.

Asumiendo el carácter bidireccional del largo contacto “fronterizo”, optamos por alejarnos de definiciones que se sostienen en la premisa de “captación” del nativo por el blanco. Aquellos a quienes se dio el nombre de “indios amigos” no fueron más que parcialidades que atravesaban complejas coyunturas de enfrentamiento bélico con otras agrupaciones –las más de las veces gestadas al calor de la competencia por los recursos-, y se establecieron en “territorio enemigo” para ser sustentadas o protegidas por los hispano-criollos. Y si éstos accedieron a tal

⁷ En efecto, y en dirección contraria a lo que las versiones canónicas hayan apuntado, el aborígen incidió activamente sobre la sociedad hispano-criolla, porque desarrolló comportamientos o estrategias para relacionarse con ella, y porque el español de la jurisdicción de Buenos Aires estructuró su sociedad para enfrentarse o defenderse de él. Véase Eugenia Néspolo. “Los pobladores en la frontera de Luján y el servicio de milicias. 1736 - 1790”, en *Milenio*, (IV Jornadas Chivilcoyanas en Ciencias Sociales y Naturales). M. A. Caggiano, editor, Chivilcoy. 2001a, “Gobernar en la Frontera Bonaerense. Luján un estudio de caso (1736-1784)”, Ponencia presentada en IX Jornadas Inter.-escuelas / Departamentos de Historia, Universidad Nacional de Córdoba, Facultad de Filosofía y Humanidades - Escuela de Historia, 24/26 de septiembre, 2003c; La “Frontera” Bonaerense en el siglo XVIII un espacio políticamente concertado: Fuertes, vecinos, milicias y autoridades civiles-militares”, *Mundo Agrario*, vol. 7, núm. 13, segundo semestre de 2006.

acuerdo, lo hicieron no sólo para disminuir los riesgos de potenciales ataques a la frontera, sino con expresas intenciones de transformar y dominar a los primeros, ya porque los considerasen bárbaros infieles a cristianizar, o porque representaran un grave problema que acosaba la campaña.

La segunda de las acepciones señaladas como posibles también plantea algunas dificultades analíticas. En principio, porque se trata de un significado históricamente circunscrito para la categoría en cuestión. Lo cierto es que la expresión “indio amigo” trasciende el período rosista. Imposible utilizarlo en esos términos para pensar diacrónicamente los vínculos establecidos con el blanco. Pero aun si asumimos su referencia a un período histórico específico y la inconveniencia de proyectar en el tiempo un único significado, nos parece que algunas variables coyunturales quedan fuera del esquema planteado. La más importante de ellas es la predisposición a la ruptura del acuerdo que mostraron los “indios amigos”, y ello por múltiples razones. Ya se tratara de alizanzas concertadas tiempo atrás con otras parcialidades, vínculos parentales que los ligaban con agrupaciones que permanecían enfrentadas con el gobierno –como fue el caso del cacique Santiago Llanquelén con los ranqueles- o simplemente, cuando se presentaba una coyuntura de conflicto que abría una grieta en cuyo abismo el régimen amenazaba caerse, la armonía entre Rosas y los indígenas tambaleó muchas veces. De esto se desprende rápidamente una segunda salvedad: la condición de “indio amigo” no fue inmutable, ni siquiera en períodos determinados de la historia.

¿Qué entender, entonces, cuando se habla de ellos? Dijimos ya que se califica de este modo a grupos aborígenes que aceptan una supuesta coexistencia armónica con el hispano-criollo; esto es, en clave de las fuentes, que aquellos asumen el compromiso de no enfrentarse en ese presente o en un futuro cercano, con su par blanco. Nótese como primera cuestión, la dimensión temporal imprecisa y estrecha que entraña el acuerdo. Pero además, conviene preguntarse si en esa negociación el indígena se presenta como “amigo” en un lenguaje comunicacional, o si se lo busca o apela a él en esos términos para neutralizar a un adversario temible, y con quien debe evitarse un conflicto por todos los medios posibles. Por otra parte, ser indio amigo ¿implica siempre, o implicó las más de las veces, asentarse dentro del territorio provincial? Si esto fue efectivamente así, ¿no acarrió consecuencia alguna?

Queremos dejar planteadas aquí, tres cuestiones que creemos deben considerarse a la hora de definir la categoría en cuestión, para retomarlas luego: la vulnerabilidad –cuando menos, en términos temporales- del acuerdo alcanzado; el potencial de peligro que el indio amigo ponía de manifiesto como adversario; y si su ubicación al interior del territorio bonaerense generó

cambios o sujetó a los nativos a proyectos cuya causa les escapaba, no compartían o era, en definitiva, la razón del enfrentamiento por esta vía aletargado.

Presentaremos, entonces, dos casos orientados a seguir buscando respuestas. Trataremos de esbozar algo de éstas en las “Primeras conclusiones” que pusimos al final del trabajo.

III. Dos situaciones de análisis

Sin pretender una historia circular, sugerimos que durante los siglos XVIII y XIX, las sociedades hispano-criollas se encontraron no sólo disputando un espacio con los grupos aborígenes del sur, sino también ensayando políticas defensivas que incluyeron considerar a algunas parcialidades como “amigas”, en función de acuerdos o pactos establecidos, e intentar promover la discordia entre otras. Otorgar el “bastón principal”, reconocer a ciertos caciques como “mayores”, habilitarlos para parlamentar o comerciar, instalarlos en la frontera a modo de fuerza defensiva y conferirles grado militar, racionarlos y regalarlos, recibirlos en casa de las autoridades de Buenos Aires o el virreinato –u hospedarlos en sitios destinados a tal fin- y agasajarlos, fueron sólo algunos de los modos utilizados para descomprimir una situación conflictiva. El blanco intentó una y otra vez, marcar el ritmo del contacto interétnico aunque era el otro quien, las más de las veces, definitivamente ponía tiempos e indicaba cuál era el paso a dar a continuación.

Quedan, así, por verse los casos que ilustran lo expuesto hasta aquí. Hemos seleccionado en primer lugar, el derrotero de algunos caciques en la segunda mitad del siglo XVIII y, en segundo término, los hechos acaecidos en torno al alzamiento de los “libres del sud” en 1839. La última opción obedece a que se trató de una coyuntura especial dentro del rosismo, donde muchas de las cuestiones ya planteadas aparecen jugándose explícitamente.

Yahatti y Lepin: un contexto relacional y las adjetivaciones utilizadas

Antes de entrar en el análisis de los casos comprendidos en este apartado, permítansenos algunos comentarios a fin de entender mejor los episodios en cuestión.

Para la década de 1740 encontramos, en torno a la Comandancia de Lujan, o negociando con las autoridades del Fuerte, a un grupo de caciques mencionados en la documentación como Yahatti. Varios de ellos se relacionaron con el gobierno colonial durante más de 60 años. La secuencia generacional no es singular, pero sí lo es la paridad de personajes que son denominados “cacique Yahatti”. Uno de ellos, Joseph Yahatti, actuaría como “amigo” primero, y luego como enemigo irreconciliable. Rafael, otro de los jefes indígenas así llamados sería, por el

contrario, constantemente defendido por los milicianos de Buenos Aires del ataque de otros indígenas.

Más aún, los caciques Yahatti ejemplificaron el problema de adjudicar una pertenencia étnica a los grupos indígenas que se relacionaron con los hispanocriollos durante el siglo XVIII, dada la variada adscripción de seguidores que les son atribuidos por las fuentes. Por otra parte, al buscar la categoría de la palabra “Yahatti”, nos encontramos que en el antiguo pampa la voz “Ya” significaba “cacique” y “Hati”, alto⁸. La dinámica relacional observada no sólo nos permite interpretar cómo el contacto basado en el conflicto y la negociación, redefinía constantemente a ciertos sujetos indígenas, sino también que las denominaciones de los mismos referían a una larga historia de relaciones con la sociedad hispanocriolla. Cuando la documentación refiere a “cacique Yahatti”, entonces, lo hace no sólo a Joseph o a Felipe, sino a una simple y compleja caracterización parental: “los hermanos Yahatti”⁹. Hechas estas salvedades, resta decir que el protagonista de los episodios que aquí analizaremos será Rafael.

Para los meses de abril y junio de 1757, las autoridades de los pagos y la jurisdicción de Luján, estaban en alerta a la espera del ataque de los llamados “Guiliches”. Tanto don Bartolomé Gutiérrez de la Paz, Comandante de las Fronteras, como las compañías de blandengues y los vecinos milicianos, se hallaban preparados para la defensa¹⁰. Sin noticias del ataque, en julio los oficiales de Luján y La Matanza realizarían una expedición a las Salinas Grandes. No contamos con documentación que informe si esa campaña se suspedió, pero podemos afirmar que para el mes de agosto, los “aucas” –tal vez un grupo de pampas con algunos indígenas trascordilleranos– se encontraban atacando a los aborígenes locales.

“...Sor. Mío. Acabo de recibir carta del Capitán de la Compañía del Zanjón Dn. Juan Blas Gago en la que me avisa haber sabido por un chasque que había llegado de la sierra, como los indios aucas dieron en las tolderías del Cacique Sausumian, y le mataron toda su gente llevándole todas las familias, y que según dicen se iban a incorporar con la gente de Rafael Yati prevengo a Vm. Para que este, y de Vm se estén con cuidado en sus parajes por lo que pudiere suceder...”¹¹

Ahora bien, el lector podrá preguntarse por qué otorgamos tanta importancia a Rafael Yahatti. Y la respuesta es que este cacique, al tiempo que disputaba un espacio con el hispanocriollo, negociaba protección con su gobierno y entablaba alianzas con otros grupos indígenas. Con maniobras aparentemente contradictorias, Yahatti se ganaba un lugar particular en la consideración de las autoridades de Buenos Aires. Si era definido como amigo por éstas y

⁸ Alberto Sarramone, *Catriel y los Indios Pampas de Buenos Aires*, Buenos Aires, Biblos, 1993.

⁹ AHL. Archivo General de Indias, 1692-1752 (Estante 76, cajón 1, Legajo 38. Índice S. Montero 6/7471).

¹⁰ AGN, Comandancia de Lujan, Buenos Aires, 13 y 14 de abril de 1757; y Villa de Luján 25 de junio de 1757. Sala IX 1-6-1.

¹¹ AGN, Comandancia de Frontera de Luján, Buenos Aires, 22 de agosto de 1757, Sala IX, 1-6-1.

defendido como tal, era porque se trataba de un enemigo respetable, como lo habían sido sus hermanos Joseph y Felipe. Casi siete años después, Rafael continuaba sumando caciques y hombres, tantos que serían de temer en un enfrentamiento.

Es conveniente insistir en que el contexto relacional indígena era un universo complejo y conflictivo, que imponía condiciones específicas a los grupos nativos para que diseñasen y ejercitasen estrategias de negociación con la sociedad hispanocriolla. Y éstas, a su vez, sólo pueden entenderse dentro de este marco.

Hacia 1760, una gran sequía asoló la campaña bonaerense. Los caciques Tambo, Silvestre Almada y Rafael Yahatti, esgrimiéndola como excusa, se acercaron al Salado y dispusieron a enfrentarse con otros jefes locales¹². El siguiente testimonio instruye al respecto, así como sobre las órdenes que llegaron a la comandancia para hacerlos retirar:

“...el pretexto que dan para haberse acercado tanto es el estar faltos de agua, el es bastante (período?); pero es menester pasar por ello, por no disgustarlos, hasta que VS determine lo que hallara por conveniente, ellos como tengo prevenido a VS son incapaces de razones y sólo con la violencia se pueden hacer obedecer, y esta pueden resultar grandes perjuicios tanto por el presente como por después si se determina ir a Salinas, que es de creer si quedan de mala fe hagan muchas extorsiones con que si VE le parece el mandar orden al Cacique Rafael para que como su General los haga unirse a sus tolderías con él, cuanto se ofrece participar a VE...”¹³

Haciendo momentáneamente a un lado si la autoridad de Rafael Yahatti fue efectiva o anhelada por los hispanocriollos, lo cierto es que ésta devino en un conjunto de acciones que habría incidido tanto en la lenta construcción de las relaciones fronterizas, como en el interior de las sociedades en contacto. En otras palabras, Rafael podría haber reposicionado su autoridad –si efectivamente la detentaba-, o sumado capacidades para ser reconocido sobre la autoridad de otros jefes indígenas y líderes parentales.

Nos encontramos, en definitiva, con un cacique calificado por las autoridades hispanocriollas de “amigo”, al cual era preciso defender de los ataques de los tehuelches; pero que era fundamentalmente un hábil enemigo porque cuando las condiciones lo permitieron, los Yahatti se enfrentaron con aquellas. Nótese, además, el carácter siempre inestable y volátil del acuerdo. Cada vez que el contexto lo hacía posible, el pacto se rompía, y los amigos se transformaban en lo contrario.

De este modo, los Yahatti pusieron de manifiesto la dinámica de las vinculaciones fronterizas en los pagos de Luján, donde las sociedades en contacto fueron modificando las estrategias de convivencia en la frontera y, en esta acción, se transformaron a sí mismas. Las relaciones interétnicas demandaron un interlocutor, un negociador de la paz que permitiera al

¹² AGN, Comandancia de Frontera de Luján, 17 de setiembre de 1760; y Frontera de Luján, 14 de noviembre de 1760. Sala IX, 1-6-1.

¹³ AGN, Comandancia de Lujan, 24 de noviembre de 1760, Sala IX, 1-6-1.

mismo tiempo, crear lazos entre indios enemigos y pobladores del extremo sur de Buenos Aires. En otros términos, que permitiera contar con aliados políticos coyunturales, para comerciar o para que oficiasen de cordón protector de “otros indios”. Y allí estaban caciques como estos.

Ese rol de barrera defensiva fue puesto a prueba cuando, el 23 de enero de 1761, el Capitán de la Frontera Vicente de la Barreda recibió orden “...*para salir a la campaña para darle socorro a los indios que han venido huyendo de otros indios...*”¹⁴. ¿Quiénes eran unos y otros? Los segundos eran tehuelches, que atacaron a la parcialidad del cacique Rafael Yahatti, líder de los primeros. Rafael, “indio amigo”, contribuía a amortiguar el ataque de los tehuelches. Creemos, más bien, que el reconocimiento de Rafael en tanto referente, fue una estrategia política de negociación, una interacción política que hábilmente supieron construir indígenas e hispanocriollos al calor de un conflicto casi cotidiano.

Si seguimos el comportamiento de los caciques Yahatti, observamos que llegaron a transitar un amplio abanico de adjetivaciones en un corto plazo: “amigo”, “aliado” y “enemigo”. Creemos que este derrotero representa un claro ejemplo de que fueron esencialmente hostiles al poder hispanocriollo, que no aceptaron ceder su autonomía política, y que para esto aprendieron un lenguaje de negociación, así como estrategias de supervivencia social.

En suma, el endeble sistema de defensa bonaerense en esos años y el compromiso poco firme de los pobladores rurales en atender a éste, dan cuenta de una relación fronteriza fundada no sólo en el conflicto –la guerra y la contención de los ataques-, sino también en la convivencia¹⁵. Este fue el marco para las influencias mutuas de dos sociedades que se fueron retroalimentando en la dinámica misma del contacto. Por lo tanto, hablar de enemigos implica entenderlos en un complejo desarrollo de transformaciones que permitieron su permanencia como grupos soberanos. Ello da lugar a que ciertas estrategias puedan ser interpretadas como formas políticas de negociación, que redefinen coyunturalmente al enemigo en un aliado a defender o simplemente, no atacar.

Si pasamos ahora al análisis de la trayectoria del cacique Lepin, vemos cómo las secuencias señaladas recién, se repiten. Reconstruiremos el recorrido de otro jefe indígena, que también debió mediar y negociar hacia el interior de sus agrupaciones, tanto como con los

¹⁴ AGN, Comandancia de Luján, 23 de enero de 1761. Sala IX, 1-6-1.

¹⁵ Véase Eugenia Néspolo, “La singularidad de la frontera bonaerense y de sus relaciones interétnicas en el siglo XVIII (La Comandancia de Luján)”, en *Signos en el tiempo y rastros en la tierra*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Luján, 2003, pp. 194-210; “Cautivos, ponchos y maíz. Trueque y compraventa “doble coincidencia de necesidades” entre vecinos e indios en la frontera bonaerense. Los pagos de Lujan en el siglo XVIII”, en *Estudios de Arqueología histórica. Investigaciones Argentinas Pluridisciplinarias*, A. Tapia- M. Ramos- C. Baldasarre Edit., Museo Municipal de la ciudad de Río Grande, Tierra del Fuego. Ediciones BIMCE, 2006, capítulo 26, pp. 379-401; *Resistencia y Complementariedad, gobernar en Buenos Aires. Luján en el siglo XVIII: un espacio políticamente concertado*, Tesis Doctoral 2006, M.S.

hispanocriollos. Una y otra vez, lo veremos solicitando permiso para la entrada de otros caciques a comerciar, parlamentando la paz, y recibiendo el bastón como cacique principal en 1770¹⁶.

El 18 de agosto de 1765, Lepin fue al encuentro de la partida de la comandancia de Luján para informar sobre posibles ataques de indios enemigos. El parte del capitán del fuerte de Luján ilustra no sólo una estrategia política grupal, sino también la singular posición de dicho cacique: “...me ha salido al camino el cacique Lepin, después de haber despachado el chasque a Vm. Diciéndome que le ha tenido chasque de un hermano el cacique Antempam como que ya los enemigos vienen caminando para acá, que ya están de este lado de la Sierra Cairo, y me traían mucha cantidad de indios que paciesen total cuidado porque venían a dar a las fronteras que esto lo supo su hermano por unos cautivos de su parcialidad que se habían escapado de dichos indios...”¹⁷. Unos días después, el capitán Joseph de la Barreda informó que sus corredores de campo aseguraban la presencia de numerosos indios a no más de treinta leguas de la frontera. Esto indica que los indios enemigos fueron la causa del conflicto y el centro de la atención permanente para las autoridades locales; pero también permite visualizar el trato y las comunicaciones entre los distintos grupos nativos, ya que no todos se relacionaban del mismo modo con la comandancia. Aún más, fue Lepin quien en 1766, ofició de intermediario con otros grupos indígenas que se asentaron en la región. Lo encontramos recibiendo de aquella unos caballos que le habían quitado al cacique Antepan -su hermano- para ser entregados a sus dueños¹⁸. El 2 de febrero de 1767 fue nuevamente Lepin quien avisara a la comandancia sobre posibles malones. En esa oportunidad, especificó que los ranqueles avanzarían sobre Pergamino¹⁹.

Lepin no fue aliado, mucho menos amigo, de los hispanocriollos. Sus informes o advertencias respondieron a simples estrategias de supervivencia, que en el caso referido tendían a debilitar o asestar un duro golpe a sus enemigos ranqueles. En junio de 1767, a tan sólo cinco meses de haber oficiado de “amigo leal”, se supo por el relato de un cautivo que el cacique se posicionaba como enemigo junto con Antepan y “confederado” con los “peguelches”, para atacar a los pobladores de las fronteras de Buenos Aires²⁰. Fue notable que el capitán del fuerte, Joseph Vague, pidiera autorización al gobernador para castigar a Antepan pero no a Lepin, “...para que esto sirva de ejemplo para otros indios...”²¹.

¹⁶ AGN, Comandancia de Luján, 12 de febrero de 1770. Sala IX, 1-6-1, documento 81.

¹⁷ AGN, Comandancia de Luján, 18 de agosto de 1765, Sala IX, 1-6-1, documento 22.

¹⁸ AGN, Comandancia de Luján, 27 de noviembre de 1766. Sala IX, 1-6-1, documento 33.

¹⁹ AGN, Comandancia de Luján, 2 de febrero de 1767. Sala IX, 1-6-1, documentos 36 y 37.

²⁰ AGN, Comandancia de Luján, 19 de junio de 1767. Sala IX, 1-6-1, documento 47.

²¹ AGN, Comandancia de Luján, 15 de junio de 1767. Sala IX, 1-6-1, documento 48.

Un año después, Lepin envió a la comandancia cuatro indios con un cautivo para entablar negociaciones de paz, que se acordaron en noviembre de 1768²². El cacique ofició nuevamente como interlocutor. En esa nueva etapa de negociación y mediación, lo encontramos junto a Flamenco, pero quedó a Lepin la tarea de comunicar a las autoridades locales del pago de Luján que ellos estaban en guerra con los ranqueles, y que habían sido estos los responsables del ataque a la frontera de Los Arroyos e India Muerta y no “su gente”. Los partes e informes que se emitieron desde el fuerte de Luján, permiten ejemplificar las negociaciones cotidianas hábilmente diseñadas por Lepin, casi como un hábil jugador de ajedrez:

“Muy Sor. Mío acaba de regresar el intérprete Luis Ponce quien fue a la Sierra a llevar la china que VE me mandó entregar por mano de Don Manuel de Basabilba, vienen conmigo el Cacique Lepin, y el indio Flamenco, quienes dicen que toda su gente que se compone de los Pehulchus, Aucares y Serranos piden la Paz, y que la guardarán, para lo cual despachan tres cautivos y están recogiendo tierra adentro los que hay, para entregarlos el día asignado que están de guerra con los Ranquecheles, que invadieron en la Yndia Muerta, y frontera de los Arroyos, y ofrecen perseguirlo, y darnos vaqueanos, para el efecto me parece es muy del caso”²³

Pero la paz solicitada y la ayuda ofrecida contra los ranqueles, no eran desinteresadas. Dos meses después, el 17 de febrero de 1769, Lepin se hallaba pidiendo en la comandancia de Luján una autorización para que el cacique Flamenco pudiera pasar a Buenos Aires a vender sus ponchos:

“...Muy Sor. Mío los indios que se quedaron en esta guardia con el cacique Lepin (por estar enfermo de una herida) han maliciado algo de una salida y me avisado de ello el intérprete Luis Ponce como que quieran despachar dos indios de chasque a la Sierra para avisar, y de ella puede resultar el que algún indio de aviso a los otros indios y se frague la entrada por lo que estoy entreteniendo con uno u otro pretexto. VE dispondrá si es conveniente se siga en esta conformidad como también lo que deberá practicar mi alférez con el indio Flamenco que está esperando en la Sierra a principios del mes que viene y se les ha de permitir el vayan a Buena Aires a hacer sus ventas de ponchos que es lo que pretenden. Es cuanto se ofrecen participar...”²⁴

La alianza de estos dos caciques duró sólo hasta junio de 1769. Sin embargo, Lepin siguió presentándose como el interlocutor en la Comandancia de Luján. El siguiente testimonio, aunque extenso, ejemplifica cómo dicho cacique articuló las comunicaciones entre el mundo indígena y el hispanocriollo. Permite asimismo, revelar cómo se convirtió en un mediador político, ya que no sólo respondía a una singular posición personal (por sus aliados o hermanos), sino que hábilmente los representaba en la interacción comunicacional con los hispanocriollos cual súbditos leales, respondiendo al compromiso de amistad, o como enemigos. Su figura, sus informaciones y acciones, eran útiles y requeridas para el gobierno de la frontera:

²² AGN, Comandancia de Luján, 26 y 29 de junio de 1767. Sala IX, 1-6-1, documentos 49 y 51 respectivamente.

²³ AGN, Comandancia de Luján, 21 de noviembre de 1768. Sala IX, 1-6-1, documento 73. Esto se corrobora con el relato de una cautiva huida. Documento 75 del mismo legajo.

²⁴ AGN, Comandancia de Luján, 17 de febrero de 1769. Sala IX, 1-6-1, documento 76.

“Hoy Sor mío doy parte a VE de haber llegado a esta guardia el cacique Lepin con el aviso, de venir una porción crecida de indios Peguelches a invadir los pagos de Buenos Aires cuyos avisos continuará hasta que lleguen a paraje oportuno (...) salgamos a encontrarlos dice que tardarán todo este mes en acercarse a las sierras que lindan con las Pampas, que esos Peguelchus vienen muy faltos de caballos por cuyo motivo vienen muy despacio ni ha podido reconocer por estar todavía muy retirados; a que pago intentan invadir, encarga mucho que se recojan las haciendas que salen con mucha fuerza al campo (...) igualmente avisa que el día que le vino el viso de la marcha de los Peguelches el cacique Flamenco desapareció esa noche con todos sus indios y se llevó las cautivas que tenía (...) y que cree se ha ido a unirse con ellos, este aviso ha pasado a las guardias inmediatas para que pase a todas y estén alertas, dios quiera que la desunión que reina entre ellos nos facilite el darles un buen golpe...”²⁵

La imagen que observamos de Lepin en la documentación, es la de un negociador político que supo mostrar poder y autoridad, hacer la guerra, y convenir o propiciar ciertas condiciones de paz. Presentarse como el autorizado a tratarla o solicitar permiso para que ciertos caciques pasasen a vender sus ponchos, por ejemplo, simbolizaba su ascendiente entre otros caciques. No obstante, ubicado como informante y protector de los coyunturales enemigos del gobierno, no dejó de evidenciar los conocimientos y las fuerzas necesitados.

Es cierto que las autoridades hispanocriollas conocieron la importancia de los conflictos entre las distintas parcialidades indígenas para asegurar momentos de paz a los pobladores rurales, o para lograr acciones violentas certeras que disminuyeran sus fuerzas efectivas. Pero también propiciaron la aparición de interlocutores válidos en la sociedad indígena, de representantes generales –instaurando por ejemplo, la ceremonia del “bastón principal”–, a fin de concertar con un solo cacique las paces o el conflicto. Esto no implicó necesariamente, que dicho jefe asumiera ese rol, o que los diferentes grupos se avinieran a esa autoridad que no podía exceder las obligaciones parentales. Entre la coyuntura y la negociación, Lepin debió posicionarse entre los suyos y también hacia fuera, garantizando la continuidad de la lógica reproductiva de extracción de ganado, el comercio con la sociedad de Buenos Aires y la confianza del gobierno colonial. Todo esto tuvo que lograrse sin que se rompieran los canales de comunicación, incluso después de eventuales ataques. Su astucia y su autoridad se centraron en comunicar a dos enemigos que se enfrentaban y necesitaban.

La estrategia desplegada por Lepin durante casi diez años, le valió para obtener el reconocimiento como cacique principal. Para 1770, el gobierno hispanocriollo sabía que debía pactar con Lepin para acentuar la conflictividad entre las distintas parcialidades indígenas. Aunque la paz se acordó en la Laguna de los Huesos el 28 de mayo de ese año, no se obtuvo la efectividad buscada. El 29 de junio, cuatro indios del cacique Lepin llegaron a la comandancia de Luján quejándose de que el capitán Linares había quebrantado el acuerdo, hostilizando a unos indios que estaban potreando “...sin más que sus bolas...”²⁶. Este aparente distanciamiento no

²⁵ AGN, Comandancia de Luján, 19 de junio de 1769. Sala IX, 1-6-1, documento 79.

²⁶ AGN, Comandancia de Luján, 29 de junio de 1770. Sala IX, 1-6-1, documento 110.

impidió, sin embargo, que seis meses más tarde Lepin siguiera siendo el referente en las conversaciones, así como tampoco que el escenario se complicara una vez más entre los grupos indígenas, ya que los conflictos con los ranqueles impusieron nuevos acercamientos y una respuesta satisfactoria por parte de los hispanocriollos²⁷.

Los años de Rosas

“Que esto de tener que contemporizar con los indios es una lidia del demonio”²⁸

Entre 1838 y 1840 el rosismo atravesó una crisis inédita en su gravedad. El bloqueo francés del puerto (que afectó las finanzas públicas y privadas), la conspiración de Ramón Maza, el alzamiento de los llamados “Libres del Sud”, rumores y amenazas de motines y sublevaciones en la campaña, y la invasión de Juan Lavalle, entre otros acontecimientos que tuvieron lugar en esos tres años, llegaron a jaquear una autoridad que hasta entonces se presentaba, cuando menos, indiscutible²⁹. El esfuerzo por combatir tantos focos de conflicto fue enorme y comprometió a toda la población en el rescate del régimen. El resultado fue una rápida militarización de la sociedad, de la que no escaparon algunos de los grupos de indios del sur de la provincia, en especial los que se hallaban en las cercanías de Azul, Tandil y Tapalqué –que eran algunos de los puntos de más lejana ocupación oficial hacia el sur. Su más activa participación estuvo en la represión del alzamiento de los “Libres del Sud”³⁰.

El levantamiento tuvo como epicentro los pueblos de Dolores y Chascomús. Buena parte de sus líderes y principales complotados se contaban entre los más ricos propietarios rurales y los jefes militares de la campaña sur. Allí se emplazaban las mayores fortunas ganaderas, y allí se suponía que también se concentraban los más incondicionales apoyos del rosismo. Desde entonces, el régimen atravesó una situación de incertidumbre en torno a sus bases de apoyo político locales, ya que también intervinieron en la revuelta algunos empleados jerárquicos de las grandes estancias y comerciantes de los pueblos. Estos permanentes transeúntes, tal vez afectados por la coyuntura del bloqueo, manipulaban información y propagaban rumores en un extremo y otro de la provincia. Con los indígenas sucedió otro tanto.

²⁷ AGN, Comandancia de Luján, 21 de diciembre de 1770. Sala IX, 1-6-1, documento 113.

²⁸ Bernardo Echevarría a Manuel Capdevila, 12 de diciembre de 1839. Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, Juzgado de Paz de Azul (1839-1842), 39-1-1.

²⁹ Una síntesis del contexto en Ricardo Salvatore, “Consolidación del régimen rosista (1835-1852)” en Noemí L. Goldman (dir), *Revolución, República y Confederación (1806-1852)*, Colección Nueva Historia Argentina, Buenos Aires, Sudamericana, 2005 (1998), tomo III, pp. 323-380.

³⁰ Un relato general de la sublevación en Jorge Gelman, “La rebelión de los estancieros contra Rosas. Algunas reflexiones en torno a los Libres del Sur de 1839”, en *Entre pasados*, 22, Buenos Aires, 2002, pp. 113-144.

Cuando circuló entre los grupos “amigos” la noticia de la sublevación, éstos se aprontaron a ofrecer su ayuda al gobierno. Sin embargo, Rosas no recurrió a ellos sino hasta último momento, cuando tres días después los rebeldes se apoderaron del Fuerte Independencia. Posiblemente, el gobernador no haya querido movilizarlos a fin de evitar desmanes y robos en las inmediaciones; los hechos contribuyen a explicar mejor su decisión.

El 5 de noviembre, Francisco Romero –a cargo de un campamento de la División del Sud- había escrito a Manuel Capdevila –Juez de paz y comandante accidental de Azul- que “*en este momento se acaba de sublevar la indiada retirando sus familias con malas intenciones hacia nosotros*”, por lo que solicitaba la ayuda del fuerte³¹. Al parecer, los unitarios habían intentado captar a los indígenas para su causa diciéndoles que Rosas había muerto. Para ello, se valieron de chasques que comunicaron al cacique Catriel la falsa noticia. Convencerlo abría la posibilidad de contar con el apoyo de sus seguidores a favor de la sublevación porque, en ausencia de Rosas, ya no habría pacto con los criollos.

De inmediato, las autoridades provinciales tomaron cartas en el asunto: era menester mostrar al cacique y los indios la no veracidad de los argumentos unitarios. Se mandaron lenguaraces una y otra vez al toldo de Catriel siendo preciso, incluso, enviar a los caciques Nicasio y Quiñigual, que estaban en Buenos Aires y habían visto con vida y salud a Juan Manuel³². Entretanto, se sugirió a Pablo Muñoz –comandante del Tandil- que obrase del mismo modo con el cacique Callfiao, a fin de evitar confusiones también allí. Pero pese a los esfuerzos realizados, la tarea no era sencilla. Enviado por el gobernador, el 13 de noviembre acudía al toldo del cacique el lenguaraz Manuel Baldevenito, para repetir que no se dejasen engañar por los “*salvajes unitarios sublevados*”, y que “*unidos a los cristianos federales*” pelearan a favor de la causa rosista, ayudándolos a perseguir a los insurrectos. Mas desvanecidos los rumores y aquietados los ánimos, lo peor estaba aún por venir.

El fuerte Independencia –último bastión tomado por los unitarios- cayó en manos de los Libres del Sud el 10 de noviembre. Fue entonces cuando Rosas decidió involucrar a los nativos en la lucha. Bernardo Echavarría –Comandante del Cantón de Tapalqué- y el mayor Eugenio Bustos se pusieron en marcha rumbo a Tandil “*con una fuerza de 400 indios amigos pertenecientes al campamento de Tapalqué y ciento y más cristianos habiendo dejado parte de esta indiada en el campamento*”³³.

³¹ Francisco Romero a Manuel Capdevila, 7 de noviembre de 1839. AGN X, 20-10-1.

³² Francisco Romero a Manuel Capdevila y Manuel Capdevila a Manuel Corbalán, ambas notas del 5 de noviembre de 1839. Juzgado de Paz de Azul. AGN X 20-10-1

³³ Manuel Capdevila a Manuel Corbalán, 15 de noviembre de 1839. AGN 20-10-1.

Si la razón de Rosas para no movilizarlos había sido el temor a los desórdenes que los indígenas pudieran cometer, los hechos dieron fe a sus presunciones. El grupo que quedó se dispersó en partidas que robaron caballos, saquearon estancias y mataron a una persona *“manifestando en sus procedimientos la ninguna confianza que en ellos se puede tener”*³⁴. Desde ese momento, los caciques fueron víctimas de una nueva doble presión, pero esta vez más compleja: sus seguidores se negaban a sujetarse al orden y continuaban en sus conductas “desaprobadas”, mientras que el gobierno insistía una y otra vez en la necesidad de detener los desastres ocasionados en la campaña.

Pese a lo señalado, la recuperación del fuerte Independencia sería obra de los “indios amigos”. A partir de ese momento, éstos se dieron a la más absoluta indisciplina, desmantelando las casas de negocio de Tandil y tomando todo el ganado que encontraban a su paso, sin discriminar si se trataba de animales de federales o unitarios³⁵. Interpelado el cacique para que diera cuenta del proceder de sus seguidores, éste envió a su sobrino a avisar al comandante de Azul *“que los que andaban haciendo daño eran indios gauchos que lo hacían sin el conocimiento de su tío, y que si andaban sin pase robando los tomase y los fusilara, que pondría orden en todo caso”*³⁶. En otros términos, Catriel autorizaba a las autoridades criollas a recurrir al uso de la violencia porque él no podía hacerlo. Sólo podía apelar a las palabras para calmar los ánimos, procedimiento que se mostraba sobradamente improductivo en esta oportunidad.

Sea como fuere, el 19 de noviembre los indígenas de Tandil y los que habían concurrido allí con Echevarría decidieron marchar a Tapalqué. Ante el desconcierto de los oficiales de milicia, pretextaron que unos chasques *“que salieron para Tapalqué antes de ayer han sido muertos en el camino y amás dicen que el cacique Catriel los llama pues que SE Nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes le ha mandado decir que reconcentren todas sus fuerzas y pongan en seguridad sus familias”*³⁷. El conflicto surgió porque se habían llevado animales robados, siendo preciso además *“advertir a los vecinos que se pongan en seguridad pues es probable que en su tránsito cometan mil excesos”*³⁸. En efecto, el 30 de noviembre Echevarría informaba al gobernador que si la cantidad de ganado robado había sido estimada en siete mil cabezas, cálculos más precisos habían arrojado la suma de dieciséis mil animales y que, por este motivo, durante la tarde anterior habían conferenciado con Catriel.

³⁴ *Ibíd.*

³⁵ Tras la derrota de los sublevados, Echevarría tuvo que conciliar con los nativos, lo cual por cierto no fue tarea fácil: *“Entre otras de las cosas que esos malvados les habían hecho entender a los indios una de ellas era la de que del Azul para acá todos eran contrarios a SE Nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes y por ello los indios nos decían que era mentira nuestra que esos caballos eran de los enemigos de SE y que quien sabe si no los engañábamos”*. Echevarría a Capdevila, 16 de noviembre de 1839. AGN 20-10-1.

³⁶ Manuel Capdevila a Manuel Corbalán, 18 de noviembre de 1839. AGN 20-10-1.

³⁷ Bernardo Echevarría a Manuel Capdevila, 19 de noviembre de 1839. AGN 20-10-1.

³⁸ *Ibíd.*

En esta carta, el comandante de Tapalqué transmite con claridad la posición del cacique que, en sus palabras, “*manifiesta y los tiene los mejores deseos por el restablecimiento del orden y devolución de las haciendas*”³⁹. Sin embargo, la agitación que el levantamiento había generado y el estado de intranquilidad que aún se respiraba en la campaña conspiraban contra las intenciones del jefe indígena. Como podía esperarse en contextos tan complejos, los hechos continuaron complicándose, esta vez con un intento de alzamiento de los “grupos amigos”.

El 3 de diciembre, Echevarría informaba al sargento mayor Eugenio Bustos que “*los indios de este punto tratan de sorpendernos*”, dato no menor puesto que “*la fuerza numérica de esta indiada es, en proporción de las que tenemos al presente a su inmediación, algo respetable*”. Para peor, el cacique mayor Catriel “*salió ayer como tiene de costumbre a la casa del arroyo y no ha vuelto más*”. Eran las seis de la mañana y los indígenas estaban reunidos a doce cuadras del cantón con pretexto de “*hacer ejercicio*”. Por el lenguaraz del cacique el comandante supo “*que los indios le han hecho entender al cacique Catriel que en Pluma Aujero hay una fuerza cristiana para atacarlos a ellos en combinación con la del Coronel Granada, que ellos se ponen en marcha para este destino*”, y que Catriel había contestado que “*si eso es así, es preciso concluir con los cristianos...*”⁴⁰. El cacique era, nuevamente, objeto de las presiones de sus seguidores, manifestadas como un rumor dotado de bastante fuerza, destinado a lograr su participación en el motín. El argumento se construía desde la idea de traición: los mismos criollos que trataban de convencerlo de que detuviese a sus seguidores y lograrse la devolución de la hacienda robada, ahora planeaban atacarlos.

Quien coordinaba el alzamiento era Callfiau, sucesor del cacique Anteguan y líder de los grupos nativos de Tandil. Estaba en connivencia con indios de origen chileno que habían enviado chasques a sus toldos y que pensaban atacar la provincia por el sur. Hábilmente, Callfiau había buscado primero la complicidad de Catriel con un discurso capaz de impactar sobre éste. Con Cachul había hecho algo semejante: lo sedujo con un razonamiento que decodificaba y traducía el modo en que Callfiau percibía y comprendía la incorporación al *Negocio Pacífico de Indios* en calidad de indio amigo: quiso “*decirle que al abuelo [de Cachul] lo habían muerto los cristianos, que al padre lo habían tenido en presiones los mismos, y que a él lo estaban amansando para hacer lo mismo*”⁴¹. Frente al sargento mayor Bustos, Callfiau había dejado explicitada su posición, diciendo “*con palabras terminantes [y] no en estado de embriaguez, sino muy cuerdo [que] ¿quién les ha dado licencia a los cristianos para poblar esta guardia [Tandil]? Mi padre,*

³⁹ Bernardo Echavarría a Juan Manuel de Rosas, 30 de noviembre de 1839. AGN X 25-6-5.

⁴⁰ Bernardo Echavarría a Eugenio Bustos, 3 de diciembre de 1839. AGN X 25-6-5.

⁴¹ El comandante emplea el término “insurrectos” porque, en efecto, Callfiau era secundado por otros jefes indígenas menores: Crejo, Corrupan, Cayupan y Guirquiley. Echavarría a Rosas, 4 de diciembre de 1839. AGN X 25-6-5. Subrayado nuestro.

que fue el dueño de estos campos, no se las ha dado”⁴². Según Echevarría, los indios buscaban intimidar a Cachul, “obligarlo a que cometa un atentado y quedar ellos siempre garantidos con la obediencia al cacique”⁴³.

Lo cierto es que fue Catriel –y no Cachul- quien recibió nuevamente un chasque de las autoridades criollas. Manuel Baldevenito trajo el mensaje del comandante de Tapalqué: “...no haga caso de lo que dicen los indios, que todo es por la envidia que tienen de la grande amistad que VE le profesa...”⁴⁴. El comandante apelaba a los vínculos afectivos que, en su discurso, ligaban a Catriel con Rosas, para poner del otro lado, como en un juego de espejos, a quienes trataban de persuadirlo para sublevarse escondiendo, en realidad, siniestras intenciones. ¿A quién creerle? Catriel optó por dar fe a las palabras del comandante, mostrándose “*pesaroso porque cree que sea ofensivo lo que los otros indios le han dicho de que los cristianos los quieren atacar*”⁴⁵.

Bernardo Echevarría, quien sobre todo tenía opiniones formadas, explicaba a Rosas cuáles eran, a su parecer, las causas de esta última amenaza de motín –en supuesta complicidad con grupos chilenos. Para el comandante, los indígenas se habían plegado a las intenciones de los últimos, poniendo en riesgo su amistad con el gobernador, porque temían su castigo ante el robo de animales practicado durante la represión del levantamiento. Este dato nos parece relevante, no porque creamos *a priori* en Echevarría, sino porque nos conduce a otro problema desatado por la revuelta antirrosita que quisiéramos traer a colación.

Algo adelantamos ya sobre el robo de ganado. Dijimos que, en especial cuando se recuperó el fuerte Independencia, los indígenas se alzaron con cuantos animales encontraron a su paso sin discriminar si sus dueños eran unitarios o federales, en cifras que rondaban las dieciséis mil cabezas. Las autoridades criollas no permanecieron inmóviles ante el hecho. Trataron de conseguir la devolución de la hacienda, apelando nuevamente a los caciques como mediadores. Se los convocó una y otra vez para que dieran cuenta de la inconducta de sus seguidores, de la lentitud con que éstos se presentaban a los apartes y de las múltiples escaramuzas que encontraban para no entregar los animales. Por supuesto, la actitud de Cachul continuó siendo reticente. Este cacique mayor respondió casi siempre a favor de sus parciales, dando lugar a los reiterados reclamos de las autoridades de frontera. Catriel se mostró, nuevamente, más dispuesto a la negociación: habló con los suyos y, según las autoridades, les imploró que de todas formas cumplieran con el pedido de aquellas. Que no hubieran dado resultado sus súplicas o

⁴² *Ibídem*. Aquí Callfiau se refiere al pueblo de Tandil, específicamente a los alrededores de fuerte Independencia, cuya edificación en 1824 implicó la ruptura del Tratado de Miraflores, como vimos en la nota 2.

⁴³ Echevarría al Sargento Mayor Eugenio Bustos, 3 de diciembre de 1839. AGN X 25-6-5.

⁴⁴ Echevarría a Rosas, 4 de diciembre de 1839. AGN X 25-6-5.

⁴⁵ *Ibídem*.

exhortaciones respondía a cuestiones que escapaban a su voluntad. Sin embargo, en el juego con los hombres de Rosas, mostró sus posibilidades de concertación.

El 11 de diciembre, Echevarría tuvo una “*conferencia fuerte*” con Catriel, a fin de que hiciera “*el esfuerzo para que abrevie la entrega de las haciendas*”. En la conversación, Catriel manifestó que lo intentaría una vez más, pero la charla concluyó de un modo que probablemente el comandante no esperaba. El cacique terminó diciéndole “*que tenía un indio preso, que este era de los de Tandil y pariente de una de sus mujeres, y que quería que yo [Echevarría] me interesase con Ud. por su libertad*”. Y si bien el comandante salió airoso (respondiendo que nada podía hacer, que Manuel Capdevila había tomado cartas en el asunto y que probablemente las determinaciones posibles ya estuvieran en manos de Rosas), el episodio muestra hasta qué punto el cacique conservaba una nada despreciable capacidad de negociación. El mismo Echevarría lo hizo explícito cuando imploró a su par de Azul que en su respuesta lo informase sobre la situación del indígena al que Catriel reclamaba, argumentando que “*hoy más que nunca conviene satisfacer al cacique en razón a que en este momento manda el cacique Catriel una porción de capitanejos con indios a los apartes de las haciendas de los cristianos*”⁴⁶.

La secuencia es clara: el comandante pidió la devolución del ganado robado, el cacique solicitó la libertad de uno de sus parientes; Echevarría logró evadir la demanda del cacique pero, al mismo tiempo, rogó a Capdevila noticias –no sería extraño que Catriel reiterara la demanda– y lo fundamentó explicitando el modo en que Catriel se convertía en una irremplazable pieza de conexión entre la sociedad indígena y los deseos de las autoridades criollas. Más aún, los capitanejos destinados a efectuar las separaciones de hacienda llevaban “*la orden de que si los otros indios no quieren por bien, se les quiten por la fuerza toda*”⁴⁷.

Resta decir que la situación continuó sin resolverse de inmediato. Las buenas intenciones de los indígenas persuadidos por su cacique mayor apenas duraban días; y otra vez los chasques, otra vez los parlamentos, otra vez las promesas que no podían cumplirse. No obstante, a comienzos del año siguiente el orden había vuelto a la campaña y las cosas comenzaban a calmarse. “*Eso sólo era obra del tiempo y la constancia*”, decía atinadamente el comandante de Tapalqué, razón por la cual había dejado de hablar del tema con los caciques por unos días.

Y cuando he visto que los indios venían a pedirme yerba, azúcar y otras frioleras como tenían de costumbre, que ellos y sus familias entraban sin desconfianza dentro del zanjado, y que los indios se reunían los domingos con los cristianos en las carreras, y que ya los vi llenos de confianza, entonces ya les hablé a los caciques de este punto y del Tandil, que son Callfiau, Maicá y Pety⁴⁸.

⁴⁶ Bernardo Echevarría a Manuel Capdevila, 12 de diciembre de 1839. Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, Juzgado de Paz de Azul (1839-1842), 39-1-1.

⁴⁷ *Ibidem*.

⁴⁸ Echevarría a Rosas, 11 de enero de 1840. AGN X 25-8-3.

Con cada uno, las formas y las razones habían sido distintas, y ello obedecía a que Catriel y Cachul guardaban otra relación con el gobernador, y sobre ellos recaían otras expectativas. Por primera vez aparece Cachul dialogando con Echevarría. Al igual que Catriel, se mostró disgustado por el engaño que había sufrido, y *“hasta avergonzado de haber creído en los embustes de los otros indios”*. Respecto de la entrega de la hacienda, dijo que hacían ellos cuanto podían, *“que algunos oyen sus consejos, pero que hay entre ellos como entre los cristianos algunos malos, que con estos me entienda yo del modo que me parezca”*⁴⁹

IV. Primeras conclusiones

Realizar una aproximación analítica a la categoría “indio amigo”, sosteniendo que no se trata de una opción afectiva, incondicional, ni estable. Fue, en líneas generales, nuestra primera preocupación. En este orden, sugerimos que es un vocablo polisémico, que da cuenta de necesidades, negociaciones, y de la vulnerabilidad de alguna de las partes al concurrir en el acuerdo. Por distintas razones éste puede revertirse, romperse, resituarse y redefinir sus términos.

Por otra parte, se pudo observar que se trata de un término que trasciende el rosismo y que debe ser entendido de formas distintas según el período histórico del que se trate; más aún, dentro de dicho régimen tuvo distintas connotaciones o implicancias. Aquello que se entendía por “indio amigo” fue sufriendo modificaciones con el tiempo. Consecuentemente, entendemos que el empleo del mismo debe ser siempre cauteloso, y exponiendo situaciones que marcan connotaciones y acarrear consecuencias muy distintas.

En los casos presentados aquí, tanto como en aquellos que por razones de espacio nos vimos obligados a excluir, tratamos de mostrar cómo las agrupaciones indígenas pusieron en juego estrategias de negociación política casi extremas. La opción por esta “solución” estuvo condicionada por situaciones de igual carácter, en las que se presentaba como altamente costoso, en clave de reproducción grupal, la oposición al otro; mientras que pactar parecía ser el mal menor, aun cuando ello implicase ceder la autonomía territorial y política en todo o en parte. En el cálculo realizado por los aborígenes –y los hechos, a nuestro juicio, lo corroboran-, parece haberse estimado que este relegamiento era sólo temporal, aunque por esto no careciera de importancia. Y tal vez por eso mismo, no se trató nunca de un acuerdo incondicional.

En efecto, la “amistad” concertada entre aborígenes e hispano-criollos no se sostuvo indefinidamente en el tiempo. Por el contrario, experimentó transformaciones coyunturales que dependieron de circunstancias propias del mundo indígena, del criollo, y de la relación que se estableciera entre ambos. En otros términos, el compromiso asumido por las partes que se reconocieron como “amigas” nunca fue estable porque, ya se tratara de pactos que encontrarán o

⁴⁹ *Ibidem.*

no soporte en la escritura, la palabra dada se quebró en lo más delgado del hilo por cualquiera de ambos lados. En todo caso, siempre determinados por diferentes niveles de necesidad de alianza política, militar o económica, pudieron romperse irreparablemente o redefinirse la relación sobre nuevas bases.

El caso de los “libres del sud” es prueba de ello. Cuando el régimen atravesó una etapa de crisis que amenazó con la posibilidad de hundirlo, la grieta que se abrió dibujó un nuevo campo de acción para los indios que habían pactado amistad. Y el gobernador debió suponer que así sería cuando tomó la determinación de no acudir a ellos en la represión de los sublevados, hasta que el escenario no fuera insalvable por otros medios. Además, los intentos de captación de las parcialidades de Catriel y Cachul por parte de los unitarios, así como los desmanes cometidos por aquellos antes, durante y después de la recuperación del Fuerte Independencia, lo pusieron del todo en evidencia. La entrega de los animales robados por los indios hizo otro tanto. Fue muy difícil para los criollos, obtener apenas una parte de las dieciséis mil cabezas hurtadas por los amigos de antes.

En el medio, las amenazas de alzamiento indígena mostraron hasta qué punto la amistad que se creía más estable –para entonces contaba con más de diez años- era endeble y vulnerable. Evidenciaron cómo los amigos podían devenir en enemigos de un momento a otro. Y materializaron el peligro que esa “indiada” podía suponer, acrecentado por el peso numérico que tenía frente a la población blanca de la zona: *“hoy nosotros somos muchos y los cristianos muy poquitos”*, decían increpantes los indios que planeaban levantarse. Pero además, y no queremos dejar de detenernos en esta cuestión, la amenaza de sublevación indígena puso en juego argumentos que manifiestan en palabras del criollo que transcribe, la percepción que los indios tenían del blanco, de su situación de amigos, y del vínculo establecido con aquellos: *“Si esto es así –había dicho Catriel- es preciso concluir con los cristianos”*, *“que a su abuelo lo habían muerto los cristianos –trató de convencer Callfiau a Cachul-, a su padre lo habían tenido en presiones los mismos, y a él lo estaban amansando para hacer lo mismo”*, y que *“quién les ha dado licencia a los cristianos para poblar esta guardia (Tandil). Mi padre, que fue el dueño de estos campos, no se las ha dado”*. Estos decires tan carentes de inocencia como de genuino sentimiento de amistad, ilustran hasta dónde se podía ser amigo de un enemigo de antaño. No sólo el criollo hacía acuerdos estratégicamente convenientes, y los quebraba cuando el tablero político lo permitía. Decía Bernardo Echavarría que, con estos actos, los indios amigos daban cuenta de la *“ninguna confianza que en ellos se puede tener”*.

El examen de las conceptualizaciones establecidas impone, en términos generales, dos vías potenciales a seguir para superar posibles confusiones. Una consiste en reformular las

categorías aceptando las nominaciones impuestas o proponiendo otras, partiendo siempre de la premisa de que los indígenas no fueron captados, sino que ejercieron distintas estrategias de acuerdo a sus intereses particulares o por las condiciones coyunturales en que se vieron comprometidos. Otra alternativa es alejarse de la preocupación por establecer categorías relacionales a determinados grupos o parcialidades y considerar a la formación social indígena como un conjunto –no homogéneo- que no cede su autonomía. Dicha vía puede resultar operativa si se percibe como común denominador a un “enemigo político” y se examinan las particularidades, las múltiples estrategias que ensayaron y ejercitaron los grupos indígenas, y se considera a los pactantes como “aliados políticos”. Esto implica explicitar los grados o las circunstancias que evidencian situaciones de sometimiento o pérdida de soberanía, tanto como la ausencia de dichas nociones.

En este orden, el contexto analizado para el siglo XVIII, al igual que las adjetivaciones utilizadas por los hispano-criollos y plasmadas en la correspondencia, que se emitía desde los fuertes, guardias de la “frontera bonaerense” hacia las autoridades residentes en los poblados de la campaña y la ciudad de Buenos Aires, permiten observar que las mismas sólo reflejan los intereses y preocupaciones de una sociedad que le preocupa ocupar y dominar un espacio detentado por otro. Situación, en suma, que nos ofrece adjetivaciones o categorías doblemente opacas por el prejuicio de una época que posiciona a los distintos grupos indígenas como bárbaros, salvajes.

Tomamos distancia de reproducir simples adjetivaciones de época que reflejan posiciones eurocéntricas que despersonalizan, desociabilizan e invisibilizan a otro sujeto histórico por carecer de una organización política estatal. Invitamos a pensar de qué hablamos cuando nos referimos a grupos aborígenes que aceptaron la coexistencia armónica con el hispano-criollo y cómo categorizar a aquellos que en los testimonios de la época son denominados “indios amigos”. Porque entendemos que no es menor el tipo de parlamento/alianza que establezcan⁵⁰ - ¿económica, militar o política?-, como tampoco lo es la capacidad de negociación o relación de fuerza en que se posiciona cada una de las partes. Porque la categoría o la denominación por la que se opte deberá dar cuenta, también, de aquellas situaciones en las que se rompe el pacto o se quiebra la amistad expuesta por los actores, y se coloca a los supuestos “amigos” otra vez en condición de enemigos.

⁵⁰ Sobre algunas de estas cuestiones véase Eugenia Néspolo, “Los Tratados escritos con las sociedades indígenas en los bordes del río Salado durante el siglo XVIII. Un análisis desde el derecho de gentes”, en *Memoria Americana*. Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 2004 pp. 237-276